

cabeza amarilla, sus cintas y sus ojos fijos...—declaró Eva de Sornine.

A fin de reanimar á la concurrencia, Sofía se sentó al piano y empezó á tocar una marcha húngara.

En aquel momento entró Ignacio, á quien Juana había invitado para que Laura y María Montmellán tuvieran noticias de la vida lujosa y mundana que ella hacía con Francisco, y á quien María, tanto por curiosidad como por táctica, había exigido que aceptara la invitación. De suerte que el pobre Ignacio se había mostrado sumiso vasallo. La música húngara de Sofía atenúo la importancia de su aparición.

En tanto, reunido el servicio, la enorme Mitron, portera de la calle de Pigalle, su fiel Enrique, pequeño y ágil, Lucía, que parecía haber sufrido el tormento de la rueda, Victor y algunos camaradas suyos embrutecidos por el alcohol, cambiaban impresiones definitivas.

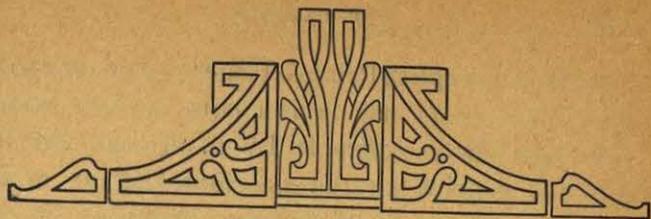
—Antes que en dar *soirées* debieran pensar en pagar al panadero.

—El peor es ese Darnot. ¡Cómo se acuesta con el ama!...

—No, si es el conde de Fonteroy, el amante de ella. Su *chauffeur* me ha asegurado que la señora no sale de allí.

—¿Habeis visto á la Verneuil? Tiene el aire de un papagayo negro... suponiendo que los haya asi... No hace aun seis meses que murió su marido. ¡Qué porquería son estos burgueses!...

—Vamos, señoras y señores, haya indulgencia —dijo el grueso jefe de cocina volviéndose hacia los que hablaban.—Si nosotros estuviéramos en su sitio, puede ser que hicieramos lo que ellos hacen.



CAPÍTULO VII

Un año después

En la grande y magnífica habitación de Pablo de Fonteroy, que ocupaba ella sola casi un piso de su hotel del parque de Monceau, el padre y el hijo estaban sentados frente á frente mirándose con ternura.

Por la primera vez desde muchos años, desde la muerte de la duquesa, su común pasión, se iban á separar. Cansado de París el duque, se retiraba á una propiedad de familia, *El Mas-bleu*, en los alrededores de Arlés. Era una tradición entre los Fonteroy ese retiro, cuando pasaban de los sesenta años. Después de una existencia generalmente desordenada y fastuosa, los invadía una formalidad tardía y se refugiaban en el campo.

—Las ocho y media—dijo el viejo mirando su reloj—no me quedan más que unos minutos.

—¡Bah!—replicó Pablo—Tienes tiempo. El automóvil no necesita más de un cuarto de hora para ir de aquí á la estación de Lyon.—Luego añadió con una sonrisa afectuosa:—No te agrada estar aquí. La primavera está lluviosa, en verdad. Yo no he visto un mes de mayo tan triste. Allá abajo encontrarás sol, flores, lindas jóvenes...

De los dos era el hijo el más prudente, y con su cara arrugada, larga y estrecha, hubiera parecido también el más viejo, á no ser por el mechón de cabellos blancos que decoraban la frente del padre. Tenían de común su afición á las quimeras; la nariz excesiva en ambos, si bien la del duque era larga y delgada, y la de su hijo ancha y cóncava; el amor al dinero, que el duque quería para gozarlo, y el hijo para esconderlo. El uno estaba en traje de viaje, y el otro con vestido de casa, pero los colores y los dibujos oscuros y proporcionados, revelaban igualdad de gustos y de elegancias.

La lluvia azotaba los cristales. El duque encendió lentamente un cigarro, como para distraer su irresolución. Luego dijo:

—Querido, tu has sido para mí un compañero excelente, lleno de indulgencia... sí, sí, indulgente, mantengo la palabra... pues tu tenías la fortuna, y yo he gastado de ella. Otros en tu caso me hubieran hecho observaciones, me hubieran amonestado.

—¡Oh, padre!..

—Tu no eres como yo. Tu tienes el sentido de la economía. Tu madre estuvo muy cuerda mejorándote. Yo os hubiera arruinado... De modo que entre nosotros los papeles han estado invertidos por la fuerza de las cosas, y, sin embargo, en el momento de dejarte, tal vez por largo tiempo, quiero

darte un aviso, como si yo hubiera sido el razonable.

—Lo que quieras...—asintió Pablo, tomando fuego para encender también su cigarro.

—Desde hace un año, casi día por día te he visto aproximarte á una persona muy agradable sin duda, pero intrigante y muy mal acompañada. En el mes de abril del año pasado se celebró en la plaza de Vendôme una fiesta, y si no me equivoco ya entonces tenías el asunto arreglado; aunque la dama no se hubiera casado...

—Sin duda..

—Esta aventura, seguramente divertida, ha tomado cuerpo y se ha formalizado. Tu has puesto á flote aquella casa tres veces. Tu has sido aceptado por el marido, y por el segundo marido—el secretario aquel, quiero decir—como el señor de título, como el protector oficial...

Desde el principio de esta conversación Pablo había palidecido un poco. Bajaba la cabeza confirmando los hechos.

—En el verano estuvisteis á tomar aguas los cuatro juntos. En el invierno habeis pasado un mes en Niza, también los cuatro... En ese tiempo tu te ibas entristeciendo. Yo me mostraba lo más indiferente que podía y no te decía nada... Mi experiencia en estas materias no hubiera hecho más que irritarte sin contenerte. Tu estabas, tu estás, me parece, todavía, enamorado. Esto se comprende: ella es bonita, y tu has tenido, por amor á mí, una juventud de pequeño Mentor.

Aquí el padre pródigo se interrumpió para volver á encender su cigarro; después echándose hacia adelante apoyó sus dos finas manos sobre las rodillas huesosas de su hijo y añadió:

—No te contaré nada nuevo diciéndote que he sido el amante de la madre... hacia el mismo tiempo en que lo era también el padre de tu protegido... Felipe Aubryet... Vamos, se me escapan los nombres, me cuesta acordarme de ellos... Sofia Verneuil es una bribona. Sabe Dios á donde me hubiera conducido, si no me hubiera faltado el dinero, y si en aquella época no se hubiera ella encontrado con el banquero Goldscheim... Pero estas son viejas historias...

—Juana no se parece en nada á su madre.

—Es su hija, y esto es ya demasiado. Francisco es un sin-voluntad, que lo aceptará todo, que hará cuanto ella le ordene, sin revelarse. Yo he conocido un individuo de su corte, el hijo de un agente de cambio amigo mio, que hoy está en Londres bien instalado... Pero sobre todo Darnot, ¡oh ese Darnot!..

—Se exagera—dijo Pablo con desprecio.

—Se anda por debajo de la verdad. Cada semana aprendo de ese extraño parásito, que tiene cara de asesino vicioso, alguna nueva y pasmosa historia. Nadie sabe de donde ha caído. Fué inventado por Sofia Verneuil... que le hizo su amante cuando se vió vieja y desamparada. Ha sido comerciante en corbatas, encubridor de robos, ladrón bajo todos los nombres y en todos los países. Se ha llamado conde Brabantio en Londres, duque de Creilhan en Bruselas. No se conoce ni su edad, ni su origen, ni su país... El fué quien lanzó á Francisco en brazos de Juana... Yo he visto á estos rara vez con él, pero me ha parecido que los domina y los fascina.

—Su mal genio—concluyó Pablo irónicamente.

—Eso mismo, que lo tiene. Procura tu huir de

él. Dispénsame, querido, por hablarte así. Hacía tiempo que deseaba ocasión de hacerlo. Pero, lo confieso, temia mezclarme en lo que no me importa, predicar moral á quien tantos motivos tenia para predicármela á mí y no lo hizo.

—Perdón... yo te separé de tu bailarina.

—¡Ah, Sylvia!... Una buena muchacha, y ¡que ojos tenía!... Pues sí, ese Darnot me horroriza. Una cabeza como la suya no engaña nunca. Debe ser capaz de todo ese hombre.

—Tu crees también que es amante de Juana?

—Esto no sería nada: Yo temo que sea su maestro, que la dirija... ¿Qué piensas tu hacer de mi hotel ahora que yo vendré á París solo de tarde en tarde?

—Conservarle. Está inmediato á este y lo dedicaré á museo, á biblioteca. Precisamente no sé ya donde meter mis libros y mis cuadros.

—Prométeme no dárselo á tu querida... Es la presa que ambicionan... tengo este presentimiento, y esa es combinación de Darnot...

Pablo se echó á reír.

—Papá, tu exageras... Yo no soy tan loco que vaya á tomar á mi cargo tres personas, instalándolas á mi lado, en mi vida.

—¿La amas... profundamente?... ¿Con el pensamiento ó con el corazón?...

—¿A Juana?

—Si no la quieres mucho, házla un buen regalo y déjala. Ya no puedes esperar de ella más que los peores aburrimientos y la desilusión. Si la amas mucho, exígela que rompa con el secretario. Y ahora, querido, reflexiona sobre esto que te aconseja antes de partir, tu buen padre, por quien tu estás aquí. Si mamá viviera te hablaría como yo.

El duque marchó y una hora después su hijo no había variado de postura. Reflexionaba, la cabeza entre las manos, los codos apoyados sobre una mesa llena de papeles, ante las líneas perpendiculares y pálidas de la lluvia.

No oyó entrar á Juana, que avanzó sobre las puntas de los pies hasta él y por detrás le besó en la cabeza. Entonces Pablo se rodeó bruscamente y la vió riéndose con sus ojos llenos de astucia. Ella preguntó:

—¿Tu padre está de viaje?

El la devolvió los besos friamente y respondió:

—Tal creo...

—¿Y por eso estás melancólico? Es el solo ser á quien tu estás verdaderamente ligado. ¿Permites que me quite el sombrero?

Retiró los largos alfileres y amenazó con ellos, en broma, á su amante; en seguida se quitó su pequeño abrigo gris, y apareció en traje blanco, ligero y plegado. Parecía una ninfa matinal.

—¿Almorzamos juntos?... He procurado estar libre temprano para eso, por que después tendré que dejarte pronto.

—¿Para ir á dónde?

—A casa de mi suegra...

—¡Oh, entonces!...

Había algo entre ellos que los cohibía y que Juana hubiera querido disipar. Pablo esperaba que le hablara del pequeño hotel que quedaba vacante por la marcha del duque. Pero ella era demasiado sutil para tocar tan pronto este punto. Entonces Fonteroy, preocupado con las advertencias que su padre le había hecho, se esforzó en llevar la conversación hacia Darnot.

—Yo no soy dichosa—suspiró ella con un tono que autorizaba á interrogarla directamente, y que animó á Pablo á hacerlo:

—¿Alguien te hace desgraciada?

—Todo el mundo, excepto tu, se pone de acuerdo para causarme pena.

Se había sentado Juan en una butaca baja al lado de su amante, sobre cuyo pecho reclinaba su cabeza rubia y tibia, de modo que cuando la hablaba, en una posición de gata, presentábale su nariz delicada y sus dientes brillantes.

—¿Quien es todo ese mundo? ¿Tu madre?

—Desde que vinimos á menos y dejamos la plaza de Vendôme, mi madre y mi suegra son más insoportables que nunca. Antes se podía huir de ellas. Ahora que no tenemos más que el piso de la calle de Pigalle, nos espían, nos persiguen. Han conservado de los tiempos prósperos, la costumbre de malquistarse, de arreglarse, de invitarse, de obsequiarse...

—Esto no es nuevo... Pero hay otra cosa... ¿Francisco?...

—Francisco está gris la mitad del día, y por la noche no aparece.

—¿Crees tu que él continúa confiando en tí, sin dudar de nada?

—Habla de tí de la manera más natural, y cuando tardas algún tiempo en ir por casa se inquieta: «¿Qué será de Pablo...ese bravo Pablo, que no se le ve ya, eh, Darnot?»...

—¿Qué responde Darnot?

—Poca cosa. Es difícil saber lo que ese piensa y proyecta. Ya no habita con nosotros. Ha encontrado una combinación con la dueña de la cervecería

que hay en el piso bajo de la casa, la famosa Coco, y ésta le ha alquilado una habitación. A mi me gusta más así. Al menos estoy sola en mi casa cuando Francisco sale, y tengo menos miedo.

Esta franqueza tranquilizó á Pablo, que se dijo: «Papá es injusto en sus sospechas...» Seguidamente cogió, acariciándola con sus manos exangües y largas, la cara de su amiga.

—Yo no comprendo á ese Darnot. He pasado tres meses este año en contacto con él y me ha sido imposible determinar si es un canalla como parece, si quiere ó detesta á tu marido, si ha adivinado ó no nuestras relaciones, si tu habías sido ó no su querida...

—Continúa, estás muy gracioso...

—Te hablo francamente, eso es todo... Una cosa sola tengo por segura: que te ama y que tu no le amas, pero que te domina.

Juana se levantó y, subitamente, adoptó un aire soñador, como si tuviera un monólogo fuera de la presencia de Fonteroy. Despues dijo:

—Pues bien, si... esto es espantoso... en efecto... Yo le detesto. Me disgusta... Por momentos me horroriza más. Le creo culpable de todo lo que nos ha ocurrido, de nuestra ruina, de la pérdida de nuestra tranquilida^d matrimonial. Si yo soy tuya, ingrato, á él ciertamente se lo debes. Hay horas en que yo le envenenaría, le mataría á traición... y me impresiona, me domina, como has dicho... Esto es lo que más me desespera.

Empleaba casi los mismos términos que poco antes empleara el duque. Pablo no había contado con esta crisis de sinceridad, y como era poco aficionado á las cosas reales y á las palabras no ambi-

guas, se arrepentía ó poco menos, de haberla llevado á tales confidencias. La miraba con un estupor de que ella se dió cuenta.

—¿Esto te asombra, eh, lo que te cuento?... Querido, cuando se me acuse delante de ti de algo, reflexiona mucho. Yo no soy jamás la misma. Cambio con la lluvia y con el sol... Si yo he venido hoy ha sido para pedirte dinero, sin rodeos. No esperaba tener que explicarte el caracter de Darnot... Pero puesto que empezamos... yo pasaré en un instante á la caja... Deciamos que ese querido Marcos...

—¿Cuanto necesitas?—preguntó Pablo—Te dí ya seis mil francos el mes pasado.

Ella se echó á reir y exclamó:

—Eres tu quien me lleva á lo serio; yo creía que mi pequeño paréntesis cambiaría el curso de tus ideas... Necesito otros seis mil francos.

—¿Todavía para sacar á tu marido de embrollos?

—Precisamente. Debe tres mil francos. Y yo debo otros tantos á mi costurera. Si no tienes aquí esa suma esperaré hasta la tarde.

Pablo era avaro, pero tambien vanidoso. Alzó las espaldas y dijo:

—En unas partes y en otras hay en esta casa lo menos setecientos mil francos.

—¡Anda!... ¿y donde, que ya voy allá?... Oye, y ¿es verdad que tu tienes escondrijos como un personaje de comedia?...

—¿Quien te ha contado eso?—preguntó él, que se había puesto rojo.

—Creo que Aubryet padre, que lo sabía por mamá, á quien se lo había dicho tu padre... Unos más, otros menos todos venimos á ser de la misma familia.

En tanto que Pablo, meticoloso y ordenado, buscaba en el fondo de un cajón la suma pedida y la metía en un sobre, Juana, cada vez más soñadora, se fue á tender en una *chaise-longue*, desde la cual se veía una soberbia figura roja y dorada de Rembrandt. Como una gata que se estira, Juana elevó y extendió sus hermosos brazos, más robustos que el resto de su cuerpo.

—En un año... en un año... ¡cuantas cosas en que no se creía... que no se esperaban..., cuantas ilusiones marchitas... como telas demasiado claras... cuantos desengaños... y cómo una se acostumbra!...

—Aquí tienes los seis mil...

—Gracias. Guárdamelos en mi chaqueta... Esa plaza de secretario de embajada que mi sonámbulo Francisco pensaba obtener... de que tu te has ocupado... acuérdate... Eso hubiera sido una solución, tal vez... Después él ha hecho un pequeño esfuerzo —le ha hecho, seamos justos— por entrar en una administración... Y luego nada... la aceptación, la resignación... y el otro con sus tráficos de automóviles..., las cuentas, los proveedores que vocean en el recibidor..., las madres que disputan..., la medianía... ¡Oh, que asco!...

—Estás tu hoy muy desesperada, Juanita...

—Si; es que me hago el lujo de mirar cara á cara tanta suciedad. Es verdad que fuera de nosotros ocurre lo mismo. Esas Montmelian, que representan el papel de reinas ofendidas... Laura, mi segunda madre, que ha asesinado á Froncin con sus habladurías, María, que era la querida de Saverne, de quien me han dicho que está agonizante... Y apropósito: ¿has tenido tu noticias de él?

—Si, malas, muy malas —contestó Pablo, que temía aquella enfermedad.— ¡También ha hecho tan mala vida!...

—Peor que la tuya; eso es cierto, mi pobre viejo. Oye, dame uno de esos pitillos, esto me dará valor... ¡Y si se supiera para que se hacen las cosas en la vida!... Yo he educado á Francisco, le separé de su mujer, de su medio, de su lujo, de sus costumbres... Le hice mi marido... ¿Y para qué, por qué?

—Por que entonces le amabas.

—No, no le amaba. Solo quería quitárselo á otra. ¿Y esta otra por qué se dá á Saverne, puesto que Saverne adora á Mariana, y ella, Maria, no tiene más perspectiva que la de ser la segunda, en tanto que desprecia á ese estúpido de Ignacio, que la pertenece de los pies á la cabeza y que la hubiera hecho tan dichosa?... Pero no, el diablo nos lleva á todos... Hoy yo me encuentro entre un incapáz, mi marido, y un tirano que yo misma me he impuesto sin razón, Darnot..., y estoy aquí, el cigarro en la boca, al lado de tí, que me crees una *cocotte* por que te pido dinero...

—Juana, te suplico...

—No me supliques nada. Piensas como yo. Si todo es obra de una providencia, hay que reconocer que tiene algo de natural esa providencia.

Dichoso por hallar un pretexto para divagar, Pablo se asió á esta última palabra, para exponer á su querida un nuevo capítulo de filosofía que estaba en vísperas de escribir. Ella sabía que no había que interrumpirle cuando se ponía á reconstruir el universo. Además prefería verle entregado á esas disquisiciones nebulosas, que la permitían abstraerse libremente, á la lectura de versos, que

la obligaba á prestar atención. Mientras él se abismaba en las imperfecciones de la vida y citaba á Aristóteles, Hegel y Kant, Juana combinaba el medio de sacarle de una sola vez una gran suma, y huir de él. Renegaba de Francisco, que la había conducido allí, que la había puesto en la cruel necesidad de escuchar atentamente á aquel imbecil, á aquél rico, á aquél avaro que acababa de ir á buscar un grueso manuscrito, con el cual volvía diciendo:

—Hay aquí cosas muy preciosas. Yo daría todos mis *bibelots*, todos mis cuadros, antes que estas doscientas sesenta hojas...

*
**

—¡Ah, ufl!—exclamó Juana saliendo del hotel de Pablo. Jamás se había aburrido tanto al lado de quien la daba para que vivieran ella, su marido y Darnot. Verdaderamente ganaba bien el dinero que Fonteroy le pagaba. El había leído su manuscrito sin cuidarse de almorzar hasta la una y cuarto. Juana estaba sentada, durante esa lectura, delante de Pablo, que de tiempo en tiempo la miraba buscando su asentimiento. La joven entonces decía «Si, si, sin duda», como una muñeca dice «papá, mamá». De vez en cuando aparecía el criado discretamente á anunciar que el señor conde estaba servido. Pero el maniático no se interrumpía.

Ahora era ya demasiado tarde para ir á casa de Clotilde Aubryet, que habría salido á pasear á su hermana. La lluvia había cesado y quedaba una tarde hermosa, de excesivo calor. Juana atravesó el parque de Monceau con la alegría de respirar, de

ver á los niños correr y jugar, de no oír ya aquella voz monótona que tomaba en ciertos instantes, por un exceso de vanidad, inflexiones vocingleras... Sobre todo tenía los seis mil francos... Pero después de estos harían falta otros, y Juana conocía que á cada petición, el avaro estaba un poco más reacio. Por otra parte sufría ella horriblemente teniendo que precisar las cantidades. Como él no proponía nunca nada, figurándose sin duda que se le amaba por él mismo, había que pasar por aquel trance. Actualmente Juana había doblado este cabo de la vergüenza, y ahora ya pensaba en arrancarle de una vez uno de los dos hoteles, ó uno de aquellos misteriosos tesoros que él guardaba detrás de los armarios de los libros, bajo los pisos de las habitaciones tal vez... *En unas partes y en otras, hay en esta casa lo menos setecientos mil francos...* Si Darnot metiera allí su nariz, en una hora los desenterraba.

Juana al llegar á la calle de Pigalle tuvo una impresión de disgusto muy particular. La puerta de la infecta Cervecería «¿Qué dices tu?» estaba abierta, como un rincón de mala conciencia, y aunque bajó los ojos, oyó las grandes risas de los consumidores y respiró aquel olor de alcohol y de bazofia que el verano pesado y fétido deja rodar por Montmartre. En la estrecha garita de la portera, vió la enorme silueta de la señora Mitron y la de su amante Enrique, más pequeña, sentados á la mesa ante el esqueleto de un pollo y unos vasos de vino. Vivían alternando entre aquella pieza mal oliente y el piso de los Aubryet, desde que estos por economía habían despedido á los criados y se contentaban con aquella pareja como camareros

interinos. Darnot era quien la mayor parte de las veces abría la puerta y recibía á los acreedores. Era una especialidad en estos ejercicios, tan pronto impresionando á los importunos visitantes con sus maneras despreciativas, como adulándolos, como aterrorizándolos. Francisco en tanto, más nervioso, se tapaba los oídos, se encerraba y no abría hasta que restablecida la calma se le anunciaba la marcha del *inglés*.

Mirando los tapices usados, la barandilla principal, los muros de la escalera guarnecidos de esa falsa tapicería de tela que parece propia de la mala miseria y del vicio, Juana pensaba con espanto en los doce meses que la separaban de la plaza de Vendôme, de aquel periodo de lujo. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo hubiera ella descendido tanto que llegara á aceptar un medio tan vil? Los inquilinos de los pisos superiores, falsos estudiantes, falsos artistas, prostitutas y chulos, á quienes ella no conocía, pero á quienes encontraba algunas veces cansados y endeblés, con señales de la vida desarreglada que hacían, de los vicios que los consumían, ¿habrían seguido la misma ruta que ella, despeñándose por un resbaladizo declive como el que ella venía recorriendo?

Se había parado en el descanso de la escalera, ante su puerta, y no llamaba; prestaba oído á los ruidos de aquella casa que le parecía infame y sucia. Comparaba esta visión realista de ahora con el primer aspecto mentiroso y agradable de antaño, cuando aquel departamento era como un apeadero y un lugar de fiesta y de alegría. Y aun tenía miedo de no parar allí, de hundirse más todavía con sus dos compañeros de caída... ¿Cómo evitarlo, á qué asirse?

En este momento oyó un grave y melancólico rumor que salía de su siniestra casa. Era Francisco que sólo, sin duda, y abismado en sus reflexiones idénticas á las de ella, evocaba su viaje á España, el recuerdo de una malagueña... y Juana sintió que una ola de lágrimas subía de su disgusto á sus ojos. Aun no estaban prostituidos por completo, puesto que distinguían todavía uno y otro lo bueno y lo malo, su pasado querido, de su decadencia presente; puesto que todavía recurrían á la memoria.

Cuando hubo dominado su emoción, llamándose necia hizo sonar la campanilla.

—¿Quién es?—preguntó Francisco.

—Yo... Juana...

La puerta se abrió y la jóven tuvo la desagradable impresión de hallarse ante aquel Francisco envejecido y acabado de Montmartre, el noctámbulo, el frecuentador de timbas, en lugar del Francisco de Granada, de la época de bienandanzas, con que acababa de sustituirle en su sueño. Tenía los cabellos completamente grises; más aplastados que antes, sus mejillas abotargadas y colgantes, sus sienes ya sin pelo, sus ojos llenos de perfidia y de dureza. Había conservado su elegancia, aunque no pagaba al sastre, y tenía las manos bien cuidadas, pues se ocupaba de ellas en sus largos días de ocio.

Al ver á su muger tuvo una sonrisa triste y ambigua, y dijo:

—Esperaba á Darnot, que debe traerme dinero. Me había ofrecido estar aquí á las tres, por que á las cinco tengo yo que pagar.

Juana le siguió al comedor, donde solían estar

por que era una habitación grande y clara. Una vez allí sacó de su abrigo un sobre y echó sobre la mesa cuatro billetes, guardándose otros dos.

—¿Cuatro mil, no es eso?

—¡Oh, pues entonces ya estoy arreglado!...

No preguntó de donde venía aquel dinero. Lo guardó en su cartera y avanzó hacia su mujer para besarla. Pero ella le detuvo.

—No, basta... Voy á ponerme un peinador. Estoy reventada.

Su cuarto no estaba aun arreglado. La señora Mitron no había tenido tiempo. Una jarra de *whisky* y un vasito de plata estaban sobre una mesa árabe cerca del lecho revuelto. Juana se sirvió un poco de aquel alcohol mezclándolo con otro poco de agua y se lo tomó ansiosamente. En seguida la vida le pareció menos triste. Entreveía el medio de salir adelante. No había más que hacer que despedir á Darnot, huir con Fonteroy á cualquier parte, soltarle en cuanto él soltara su dinero en grande, y volverse á París con Francisco... ó con otro á llevar una existencia nueva, á renovar los buenos tiempos. Nada más fácil, despues de todo. Era muy tonta en atormentarse á su edad, con su reputación de hermosa y su astucia natural.

Comenzó á desnudarse lentamente, admirándose en el espejo del armario... Los gritos de los chiquillos subían de la calle tibia. Como había instalado su tocador en la antigua habitación de Darnot, que daba á un pasillo, se fué á esta habitación más silenciosa, donde se puso á arreglar su espejo, su caja de polvos, sus frascos de perfumes que le recordaban á España.

Se entregó á un soñar vago, sin formas ni figu-

ras, y pasó así algun tiempo. Llegaba el crepúsculo cuando volvió á la realidad, y entonces pensó que no tenían nada acordado respecto á la comida, que ni la señora Mitron, ni Enrique habían ido á poner la mesa, que Francisco debía haber marchado al círculo y que no volvería acaso hasta muy tarde, en vista de lo cual formó seguidamente el proyecto de ir á sorprender á su madre al boulevard de Clichy para organizar con ella una pequeña fiesta y aturdirse.

En aquel instante una mano brutal sacudió la puerta que ella había cerrado maquinalmente corriendo el pasador.

—Soy yo, Marcos... que tengo que hablarte.

No gustaba á Juana que la sorprendiera así, y varias veces ya se lo había dicho. Pero no quería aparecérsese temerosa y le abrió.

El secretario no había cambiado. La misma era su cara tenaz y oscura, aquella máscara de mozo de hotel ó de cómico. Como de nombre y de familia, parecía carecer de edad. Era como una emanación de lo desconocido. Juana solía decirle: «Tu descienes del diablo»...

—¡Apenas traes prisal! ¿No podías haberte esperado dos minutos?—le dijo ella.

—Mucha prisa traigo. Tengo necesidad de dinero. Estoy sin nada. Dame lo que te resta.

Los dos mil francos estaban sobre la mesa tocador en su sobre. Juana se había olvidado de guardarlos. Rápidamente los metió con disimulo debajo del espejo, y dijo con extrañeza perfecta:

—¿Lo que me resta?... ¡Si no tengo nada, querido! No he heredado de ayer acá.

—No me vengas con farsas. Guardalas para